

# ¿POR QUÉ MURIÓ JESÚS?

Habiendo examinado la pregunta de cómo murió Jesús, deberíamos hacer una pregunta aún más importante: *¿Por qué* murió? ¿Qué hizo para merecer tan horrenda muerte y todos los sufrimientos que la acompañaron? ¿Hizo algo para causar esa muerte? ¿Hay algún culpable de la muerte de Jesús al cual señalar; y si es así, quién?

Al tratar de responder a esta pregunta, tenemos que abordarla desde dos perspectivas: tanto la histórica como la teológica. Históricamente, ¿cuáles fueron las circunstancias que causaron Su muerte? Teológicamente, ¿cuál fue la razón por la que le era «necesario» morir (como lo dijo Él mismo, Lucas 9.22; 24.45–47)? ¿Qué logró Su muerte?

## RAZONES HISTÓRICAS PARA LA MUERTE DE JESÚS

### Desinterés por las tradiciones judías de origen humano

En primer lugar, echemos un vistazo a las razones históricas de la muerte de Jesús. Marcos 3.1–6 menciona que, al principio de Su ministerio en Galilea, Jesús había irritado a las autoridades religiosas al hacerles preguntas que no podían responder y al exponer su falta de percepción espiritual. Un día de reposo en la sinagoga, Jesús se encontró a un hombre con una mano seca. Los líderes religiosos, indiferentes a la difícil situación del hombre, miraban para ver si Jesús «quebrantaba» el día de reposo al sanarlo. Jesús presentó ante ellos al hombre como ejemplo vivo de la necesidad humana y les preguntó si era lícito en el día de reposo hacer bien o hacer mal, o salvar una vida o dar muerte. No queriendo parecer duros de corazón, y a la vez no queriendo quebrantar sus propias normas, se quedaron callados. Jesús se enojó y se entristeció por la dureza de sus corazones y sanó al hombre. Naturalmente, esto hizo que los fariseos lucieran mal, y Marcos 3.6 dice que «... salidos los fariseos,

tomaron consejo con los herodianos contra él para destruirle». La profundidad del resentimiento de ellos hacia Jesús se revela en el hecho de que estos dos grupos unieron fuerzas contra Él, ya que normalmente tenían conflictos entre sí. Los fariseos eran la secta judía que abogaba por la estricta observancia de la Ley y que se oponían a la imposición de la cultura grecorromana sobre el pueblo judío. Los herodianos, como su nombre lo indica, eran los ricos partidarios de las políticas de Herodes, que incluía cooperar con los romanos. Los dos grupos se despreciaban entre sí, sin embargo, estaban unidos en su oposición a Jesús. Aun en esta etapa temprana de Su vida pública, las autoridades religiosas querían destruirlo.

### Encuentros verbales con los judíos

La situación anterior solo empeoró una vez que Jesús llegó a Jerusalén durante la última semana de Su vida. Mateo 22.15–46 registra una serie de enfrentamientos entre Jesús y los representantes de los diversos grupos dentro del judaísmo. Constantemente estaban tratando de hacerlo caer al decir algo digno de arresto y ejecución, sin embargo, en repetidas ocasiones evadió sus esfuerzos y siguió exponiendo la superficialidad del pensamiento espiritual de ellos. En el primero de esos encuentros, los fariseos y los herodianos idearon lo que tuvieron que haber creído era una trampa ineludible para hacerlo caer. Le preguntaron acerca de la legalidad de pagar tributo al César. Si Jesús afirmaba que era obligado pagar impuestos, entonces perdería rápidamente el favor del pueblo, que despreciaba a los romanos que los sometían. Si decía que no se debían pagar impuestos, podrían interponer ante las autoridades romanas un cargo civil en contra suyo por insurrecto. La respuesta de Jesús los dejó sin nada que decir y tuvo que haber sido un tanto embarazoso. Él dijo: «Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios» (Marcos 12.17;

Lucas 20.25).

Representantes de otros grupos judíos trataron de hacer caer a Jesús, sin embargo, fue en vano. Por último, los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo consultaron para encontrar la manera de arrestar a Jesús y darle muerte sin provocar una revuelta entre el pueblo (Mateo 26.3–5). Tenían que tener cuidado porque era época de la Pascua. Jerusalén estaba colmado con peregrinos que venían a la gran fiesta, y esta era siempre una ocasión de expectativas mesiánicas y de tensión. No se necesitaría mucho para provocar un serio disturbio entre el pueblo, cuya mayoría creía que Jesús era un profeta, incluso el propio Mesías. Si los líderes religiosos incitaban a una revuelta, los romanos se ocuparían de todos ellos con severidad.

Los encuentros verbales de Jesús con los líderes religiosos no fueron los únicos eventos que condujeron a Su muerte. A Su llegada a Jerusalén, había ido al templo y sacado a los cambistas y vendedores de animales del «Atrio de los gentiles» (Marcos 11.15–18). Lo que normalmente se conoce como la «purificación» del templo fue un acto audaz que enfureció a los líderes religiosos, en particular los principales sacerdotes y los escribas que tenían el control del templo y sus actividades. Las acciones de Jesús indicaban no solamente un juicio sobre la manera como administraban el templo y sus asuntos, sino también una atribución de autoridad sobre el mismo. Marcos 11.18 agrega que «todo el pueblo», es decir, la multitud de fieles ordinarios, «estaba admirado de su doctrina». Esta influencia sobre el pueblo hizo de Jesús un hombre muy peligroso a los ojos de las autoridades judías.

### **Enseñanzas en contra de los líderes judíos**

Otro factor que contribuye en la ejecución final de Jesús fue una parábola que dijo acerca de una viña, conocida como la de «los labradores malvados» (Mateo 21.33–41; vea Marcos 12.1–12 y Lucas 20.9–19). Si bien puede que parezca una historia inocente por fuera, las imágenes de la viña tenían connotaciones siniestras, sobre todo dado el clima del momento. La historia contaba sobre un hombre que plantó una viña, la arrendó a los labradores y luego se fue a otro país. Cuando envió siervos para obtener la parte que le correspondía de la cosecha, estos fueron golpeados. Algunos fueron asesinados por los arrendatarios. Un segundo intento trajo el mismo resultado. Por último, envió a su propio hijo, con la esperanza de que los arrendadores lo respetaran y renunciaran a su oposición. En su lugar, lo mataron, pensando que con el heredero fuera de la escena, la viña sería de ellos de algún

modo. Al finalizar la parábola, Jesús les preguntó: «Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?». Sin dudarlos respondieron: «A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo». El significado de esta parábola y su respuesta a la misma radica en el hecho de que, en el Antiguo Testamento, Israel era con frecuencia descrito por los profetas como «la viña de Dios» (Isaías 5.1–7; vea Jeremías 2.21). La idea de que la viña podía ser quitada y entregada a otros constituía una afrenta al nacionalismo judío y sobre todo una amenaza para sus líderes. En el versículo 43, Jesús les dijo exactamente eso: «Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él». El impacto que causó en los líderes religiosos no se hizo esperar, pues dice: «Y oyendo sus parábolas los principales sacerdotes y los fariseos, entendieron que hablaba de ellos. Pero al buscar cómo echarle mano, temían al pueblo, porque éste le tenía por profeta» (Mateo 21.45, 46).

### **Traicionado por un amigo**

Con el tiempo, Jesús fue arrestado con la ayuda de uno de Sus propios hombres, Judas Iscariote. Juan 18.31 dice que los judíos no podían legalmente ejecutar a nadie sin el consentimiento de los romanos, por lo que trataron de encontrar una acusación contra Jesús que justificara entregarlo a Pilato para ser juzgado. (Esto no quiere decir que nunca quebrantaran la ley, pues el incidente en Hechos 7.54–8.1 fue el acto de una turba, no una ejecución legal.) Mateo 26.57–68 dice que Jesús, tras Su detención en Getsemaní, fue llevado a la casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde fue interrogado por un grupo aparentemente improvisado de líderes religiosos judíos. En esta audiencia, Jesús fue condenado por el cargo religioso de blasfemia y probablemente no porque afirmara ser el esperado Mesías. El afirmar ser el Mesías no constituía en sí mismo ser un delito religioso. De acuerdo con 26.64, 65, la acusación de blasfemia fue el resultado de la declaración de Jesús en cuanto a que no solamente era el Mesías, sino que le verían «sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo». Esta atribución obvia de estatus divino hizo que el sumo sacerdote demandara un veredicto inmediato, a saber: «¡Es reo de muerte!» (vers.º 66).

### **Juicios injustos**

El siguiente paso en el camino de Jesús a Su ejecución lo constituyó el juicio ante Pilato. Las autoridades religiosas se dieron cuenta de que Pilato

no estaba interesado en la acusación de blasfemia de ellos. Estos acusaron a Jesús de ser un líder rebelde (Lucas 23.1-5). En concreto, le acusaron de prohibir el pago de impuestos al César (lo cual no había hecho) y de pretender ser un rey. Sabían que estos dos cargos tendrían que ser investigados por Pilato, cuya principal responsabilidad como gobernador era la de mirar por los intereses de Roma. De acuerdo con los cuatro evangelios, Pilato dedujo muy rápidamente que estos cargos no fueron la causa real de la enemistad de ellos hacia Jesús. (¡Los judíos jamás habían estado interesados en el bienestar de *Roma!*) Por lo tanto, Pilato buscó soltar a Jesús. Eventualmente, sin embargo, sucumbió ante la amenaza de que él mismo pudiera ser acusado de deslealtad al César, si le permitía vivir a un rival que pretendía el trono (Juan 19.12). Pilato no podía arriesgarse a tal cargo en su contra. Aunque reconocía la inocencia de Jesús, pronto llegó a la conclusión de que, si la elección era entre su propia vida y la de Jesús, Este debía morir. «Así que entonces lo entregó a ellos para que fuese crucificado» (Juan 19.16).

### **Un gobernante débil**

Algunos dudan que Pilato se hubiera dejado intimidar por los judíos de tal manera. Pilato despreciaba a los judíos sobre los que gobernaba y estos lo odiaban (vea Lucas 13.1); sin embargo, la evidencia sugiere que de hecho pudieron presionarle para que cediera a la voluntad de ellos. Poco después de su llegada a Palestina en el año 26 d. C., Pilato había despertado la indignación de los judíos al introducir en Jerusalén estandartes romanos con imágenes del emperador. Tal acto era aborrecible para la sensibilidad judía en cuanto a los «ídolos». Una delegación apeló a Pilato por cinco días y noches para que quitara los estandartes, y en el sexto día Pilato ordenó a sus soldados desenvainar sus espadas. Los judíos estaban dispuestos a morir antes de transgredir su propia Ley. Temiendo que una revuelta generalizada se diera como resultado de matar a tantos por asunto tan sagrado, Pilato cedió y quitó las imágenes de Jerusalén.<sup>1</sup> A Pilato no le interesaba complacer a los judíos, sin embargo, carecía de principios lo suficiente como para sacrificar la vida de un hombre y así ahorrarse algunos problemas.

### **Una respuesta con múltiples facetas**

Históricamente hablando, ¿por qué entonces murió Jesús? La respuesta tiene múltiples facetas. Murió porque había despertado el resentimiento de

<sup>1</sup> Josefo *Guerras* 2.9.2-3; *Antigüedades* 18.3.1.

los líderes religiosos del judaísmo. Murió porque se había adjudicado la autoridad sobre algunas de las más sagradas de las instituciones judías, incluyendo el templo mismo. Murió porque predijo la caída eventual del sistema judío tal cual existía al momento. Murió debido a que algunos de Sus contemporáneos (los que ostentaban el poder religioso) lo consideraron ser un blasfemo. Murió porque fue acusado de insurrección y porque el gobernador romano, que se daba cuenta de que Jesús no era una amenaza política ni militar, fue demasiado débil para resistir la presión de entregarle a la muerte. Todo ello lo aseveran ampliamente las fuentes históricas.

### **¿Son «los judíos» culpables?**

El Nuevo Testamento (no únicamente los evangelios, pero especialmente estos cuatro libros), ha sido acusado de ser «anti-judío»,<sup>2</sup> de retorcer lo que realmente sucedió con el fin de echarles la culpa a los enemigos tradicionales del cristianismo, los judíos. Una de las cosas que se alegan es que Pilato y los romanos tuvieron la culpa; algunos incluso proponen que las autoridades judías en realidad trataron de salvar a Jesús, sin embargo, Pilato estaba muy sediento de sangre para poder ellos evitar Su muerte. Además, los evangelios han sido utilizados por grupos racistas para demostrar que los judíos son los asesinos de Cristo y que deberían someterse a todo abuso posible. ¿Es lo que los evangelios realmente dicen? ¿Son estos antisemitas?

El hecho de que los evangelios hayan sido utilizados para promover causas en contra de los judíos *no* quiere decir que tengan como objetivo ser anti-judíos. Puede que los evangelios no describan a muchos judíos de una forma positiva, ya que hablan principalmente de los oponentes judíos de Jesús. Sin embargo, no describen a todos los judíos de la misma manera, lo que, por definición, es necesario que así fuera para que la acusación de anti-judío se sostenga.

De hecho, algunos judíos son descritos en los evangelios de una manera absolutamente positiva. Los cuatro evangelios mencionan que José de Arimatea, un líder en la comunidad judía y miembro del mismo consejo que condenó a Jesús (el Sanedrín), le pidió a Pilato el cuerpo de Jesús para sepultarlo. Este fue un acto audaz y benévolo a la luz de lo que le acababa de suceder a Jesús y de lo que pudo

<sup>2</sup> El término usual es «antisemita», sin embargo, en vista de que muchos judíos consideran el término «semita» como derogatorio, se prefiere el término «anti-judío», el cual es menos ofensivo.

haberle sucedido a cualquier persona que parecía estarle mostrando algo de amistad (Mateo 27.57–61; Marcos 15.42–47; Lucas 23.50–56; Juan 19.38–42). En esta tarea, José recibió ayuda de Nicodemo, al que se le describe como «un principal entre los judíos» y «maestro de Israel [algunas versiones dicen *el* maestro de Israel]». Nicodemo había desafiado anteriormente la prontitud con la que el Sanedrín condenó a Jesús sin debidamente escucharle primero (Juan 3.1, 10; 7.50–52).

El evangelio de Juan se refiere varias veces a los adversarios de Jesús simplemente como a «los judíos», lo cual ha dado lugar a la acusación de que Juan culpó a todos los judíos (incluidos sus descendientes) por la muerte de Jesús. Sin embargo, Josefo, el historiador judío del primer siglo, usó exactamente la misma terminología para referirse a los zelotes que desafiaron a Roma causando con ello la destrucción de Jerusalén en el año 70 d. C. Culpó de todo el desastre a «los judíos», obviamente queriendo decir solamente a los que fueron responsables de dirigir la rebelión contra Roma.<sup>3</sup> Juan usó este término de la misma manera. Así mismo, los profetas hebreos del Antiguo Testamento condenaron la incredulidad y rebeldía de los judíos. La forma de redactar el texto no es ni único de los evangelios, ni «anti-judío» en su carácter. (Vea todo el libro de Malaquías como uno de muchos ejemplos.)

De especial interés a este respecto es Mateo 27.25. Después de que Pilato «se lavó las manos» en lo referente a Jesús (vers.º 24), el pueblo (bajo la influencia de los sacerdotes y los ancianos) gritaron: «Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos». Este versículo ha sido interpretado en el sentido de que todos los judíos son por siempre responsables colectivamente de la muerte de Jesús. Sin embargo, el interpretar este versículo como una «culpa colectiva» carece de todo fundamento. No hay mención de que Dios ratificara tal maldición, ni que algún otro autor neotestamentario sugiriera tal idea. Mateo informó simplemente lo que el pueblo dijo, y así debe quedar.

Tenemos que recordar que la crucifixión de Jesús es la historia de un judío que fue entregado para ser ejecutado por judíos, según lo registrado por autores judíos (con la excepción de Lucas, el solitario escritor gentil del Nuevo Testamento). La acusación de «anti-judío» tiene poco sentido, ya que tanto Jesús y Sus primeros seguidores fueron judíos. El material negativo hacia los judíos contenido en los evangelios se presenta en el contexto específico de los que se oponían a Jesús. Sacarlo

<sup>3</sup> Josefo *Guerras* 2.466; 5.109–10; 6.71–79, 251–53.

de ese contexto y utilizarlo hoy contra los judíos es ignorar la historia y la interpretación legítima de los textos.

No estamos refiriéndonos a una historia de fantasía que está sujeta a cualquier interpretación que elijamos darle basados en nuestras inclinaciones espirituales, nacionalistas ni emotivas. Más bien, la muerte de Jesús es un acontecimiento histórico, verificado por fuentes tanto judías como no judías de los siglos primero y segundo. No podemos reescribir la historia, independientemente de cuan desagradable crea cada quien que sea. Según lo dijo alguien muy bien, tratar de cambiar la historia es perderla, porque si la hemos revisado para adaptarla a nuestros gustos personales, la historia de lo que sucedió realmente se perderá. La historia de Jesús es sobre el amor sacrificado de Cristo para redención de toda la humanidad. No es tanto «quiénes mataron a Jesús», sino «quién es Jesús y por qué murió».

Al mismo tiempo, el relato incluye porciones que hablan de Sus enemigos que buscaron Su muerte como de los que efectivamente lo ejecutaron. No hay manera de contar la historia sin mencionar esos hechos. Incluir el relato de lo sucedido en ningún modo condena al grupo en general (y ciertamente ni a sus descendientes), ni proporciona licencia alguna para el prejuicio ni el odio.

El retrato de Jesús que ofrecen algunos escépticos, como los del Seminario sobre Jesús, no le hacen justicia al hecho histórico de la muerte de Jesús. Basados en gran medida en sus suposiciones anti-sobrenaturales y en un intento por eliminar lo que consideran el «anti-judaísmo» de los evangelios, tales críticos despojan a los evangelios de todas las atribuciones de deidad y de mesianismo y Señorío de Jesús. En cambio, lo presentan como a un místico errante que contaba historias agradables, que bendijo a los niños y nunca dijo algo que ofendiera a nadie. Al presentarlo de esa forma, hacen que Su muerte sea un enigma.

La muerte de Jesús a manos de Pilato (y ante la insistencia de la jerarquía judía) es uno de los hechos más históricamente verídicos acerca de Él. Tanto las fuentes cristianas como las no cristianas así lo aseveran. Si Jesús no se atribuyó nada de lo que los evangelios dicen que pretendía ser, nos preguntamos por qué alguien se tomaría la molestia de darle muerte.

## RAZONES TEOLÓGICAS PARA LA MUERTE DE JESÚS

El segundo conjunto de razones de la muerte de Jesús no puede ser verificado por la historia. Más

bien, son una cuestión de fe y no puede probarse ni desmentirse por medios históricos. A medida que los consideramos, recordemos que las mismas fuentes que nos dan las razones históricas de la muerte de Jesús nos dan también estas razones. Puesto que hemos corroborado que estas fuentes son ampliamente respaldadas por el testimonio externo, hay razón para creer lo que nos dicen teológica como históricamente. Sea que usted elija o no creer lo que los evangelios dicen sobre las razones teológicas de la muerte de Jesús, es importante al menos reconocer que es lo mismo que los primeros cristianos creían acerca de Él. Desde el punto de vista teológico, ¿por qué murió Jesús?

### **Para cumplir Su propósito**

Jesús mismo dijo que era «necesario» morir en la cruz. ¿Qué quiso decir? Dijo: «Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día» (Lucas 9.22). Al hacer tal declaración, utilizó una pequeña palabra griega (*δεῖ, dei*) que significa «es necesario», en el sentido de una fuerte compulsión. Podría ser una compulsión divina (es decir, la voluntad de Dios), una compulsión interna, o lo que requerían las circunstancias. En el caso de Jesús, era todo ello y mucho más. La muerte de Jesús no fue un accidente, ni tampoco algo que trató de evitar. Más bien, la vio como una necesidad divina, hacia la cual Su vida entera se estaba dirigiendo. (Vea los otros dos «Anuncios de la pasión», como se les llama, en Lucas 9.44 y 18.31–33.) Al momento de Su muerte dijo: «¡Consumado es!» (Juan 19.30). ¿Qué fue «consumado»? ¿Qué quiso lograr con Su muerte?

### **El establecimiento del nuevo pacto**

Mateo 26.26–28 es un texto importante a la hora de responder a esta pregunta. Cuando Jesús comía la última cena con Sus discípulos, tomó el pan y el vino y lo repartió entre ellos. El pan representaba Su «cuerpo». La copa, dijo, «es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados». Dos ideas claves emergen de este pasaje. Una es que Jesús consideró que Su muerte jugaba un papel decisivo en la creación de un «nuevo pacto» entre Dios y Su pueblo. Así como el «viejo pacto» había sido ratificado mediante el derramamiento de la sangre de animales, el nuevo pacto de Cristo había de ser llevado a cabo por el derramamiento de Su propia sangre. (Vea también Hebreos 9.15–22 para un análisis completo de este aspecto de la sangre y muerte de Jesús.) ¿Por qué?

La otra idea clave en este texto lo explica diciendo: «para remisión de los pecados». Cuando Jesús murió, según el Nuevo Testamento, fue para que se proveyera un medio para el perdón. Evidentemente es la razón por la que Juan 1.29 lo llama «... el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». Al igual que los israelitas sacrificaron corderos y otros animales buscando expiar sus pecados, Jesús ofreció Su propia sangre (otra vez Hebreos 9) como el sacrificio último por los pecados, que nunca tendría que ser repetido, pues es totalmente eficaz (vea Hebreos 10.11–18; Romanos 3.21–26).

### **Para proporcionar perdón de pecados**

Los primeros cristianos proclamaron como elemento central de su mensaje que «Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras» (1ª Corintios 15.3). Otra forma en la que el Nuevo Testamento lo expresa es que Jesús cargó por nosotros con nuestra culpa y castigo. Es como que si Dios cargara en Él, siendo el Cordero del sacrificio, todos los pecados del mundo con el fin de que se hiciera expiación por todos ellos. Primera de Pedro 2.24 lo expresa de manera elocuente, parafraseando las palabras de Isaías 53: «quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados».

Es imposible darle sentido a la muerte de Jesús sin que consideremos la idea del *pecado*. El pecado es básicamente un concepto extraño en el mundo actual. Si el pecado no es considerado, la muerte de Jesús parecería haber sido meramente una brutalidad sin sentido. Cuando pensamos en el pecado, podemos ver la necesidad que teníamos de lo que hizo Jesús.

### **Para vencer la muerte**

Ni siquiera los anteriores conceptos elevados logran agotar el significado de la muerte de Jesús. Pablo argumentó en Romanos 5.12–21 que Jesús murió para vencer la muerte por nosotros. Al aceptar la muerte por nosotros y luego resucitar de entre los muertos, Jesús obtuvo la victoria de la que todos estamos invitados a participar. Lo anterior significa, según Hebreos 2.14, 15, que hemos sido liberados no solamente de la muerte, sino también del temor a ella. El filósofo William James dijo que la muerte es «el gusano que habita en el centro de todas nuestras pretensiones de felicidad». Sea o no correcta esta sombría afirmación, el Nuevo Testamento proclama con alegría que, gracias a Jesús, no hay por qué seguir temiendo.

### Para cumplir y quitar la Ley

El apóstol Pablo dijo que la muerte de Jesús nos libera de lo que él llamó «la maldición de la ley» (Gálatas 3.13, 14). Esto no quiere decir que Pablo viera el antiguo pacto en sí como una maldición. Más bien, «la maldición de la ley» consiste en nuestra incapacidad de guardar la ley y la condena que resulta de ese fracaso. Un sistema de leyes podría salvarnos solamente si pudiéramos guardarlas todas perfectamente (Santiago 2.10, 11); de lo contrario, las leyes mismas nos juzgan. Las leyes pueden ayudar a impedir el hacer maldad, sin embargo, no pueden reparar los daños del pecado; más bien, nos juzgan. Pablo dijo que Jesús, al morir en la cruz, ha hecho algo por nosotros que la Ley, «por cuanto era débil por la carne», no podía hacer. Dios, «enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne» (Romanos 8.3). Mediante la muerte que Jesús sufrió por nosotros, somos libres de «la maldición de la ley». A pesar de que somos incapaces de agradar a Dios por nuestro propio poder, podemos ser libres por la fe en la sangre de Jesús.

### Para dar nueva vida

Estrechamente relacionado con esta libertad de la ley, está el concepto de haber «muerto al pecado» y de llegar a «vivir para la justicia» por la muerte misma de Jesús. En Romanos 6.1–4, Pablo respondió a la pregunta en cuanto a que si la gracia de Dios otorgada por medio de Jesús significa o no que podamos «[perseverar] en el pecado para que la gracia abunde». Respondió así: «En ninguna manera» («Dios no lo quiera», KJV). ¿Por qué no? Pablo continuó, diciendo:

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva (vers.<sup>os</sup> 3, 4).

Jesús no solamente murió por nosotros, dijo Pablo, sin embargo, mediante el bautismo podemos participar en Su muerte, con la esperanza de ser también resucitados con Él de entre los muertos. Hebreos 9.11–14 transmite un pensamiento similar, diciendo:

Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote

de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?

### Para darnos un ejemplo

Una razón más por la que murió Jesús es para darnos un ejemplo de sufrimiento injusto al hacer bien. El sufrimiento no es solo producto de hacer el mal; a menudo las personas sufren porque han perseverado en hacer lo correcto. Si bien esta no fue la razón principal de la muerte de Jesús, sirvió como un poderoso ejemplo para Sus seguidores que pronto estuvieron de cara a la oposición de un mundo incrédulo. Sigue siendo un ejemplo para las personas hoy. Pedro escribió:

... porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados (1ª Pedro 2.21–24).

El Nuevo Testamento expresa otras razones teológicas que explican la muerte de Jesús, sin embargo, las mencionadas son suficientes para mostrar la tendencia del pensamiento cristiano primitivo. Recuerde que las presentes no son simplemente las ideas al azar de creyentes al reflexionar sobre lo que Jesús había hecho y por qué murió. Todas ellas tienen sus raíces en Sus mismas palabras, que dicen: «porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados» (Mateo 26.28). Las mismas nos ayudan a comprender la naturaleza polifacética de la muerte de Jesús. Su muerte no fue simplemente la ejecución ni el final trágico de un fanático religioso confundido. Más bien, fue el sacrificio cuidadosamente planificado de Quien dio Su vida por el rescate de muchos. ■

Autor: Tommy South

©Copyright 2008, 2010, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados